



CAPÍTULO I



Nadie que hubiera llegado a ver a Catherine Morland de niña habría imaginado que había nacido para ser una heroína. Ni su condición social, ni el carácter de su padre y su madre, ni su propia persona o su disposición parecían prestarse a ello. Su padre, pastor, era un hombre muy respetado y no carecía de medios ni de relaciones a pesar de llamarse Richard y no haber sido nunca agraciado. Disfrutaba de una considerable independencia, además de dos buenos beneficios eclesiásticos, y no mostraba el menor interés en tener a sus hijas encerradas. Su madre era una mujer de un gran sentido práctico, buen temperamento y, lo que resulta más notable, una salud de hierro. Había tenido tres hijos antes de que naciera Catherine y, en vez de morir al traer a esta última al mundo, como cualquiera habría esperado, sobrevivió... Sobrevivió y alumbró otras seis criaturas que había visto crecer a su alrededor sin dejar de gozar de una excelente salud. Una familia con diez hijos siempre se considerará una hermosa familia si cuenta con todas las cabezas, brazos y piernas correspondientes a tal número; pero poco más tenía para merecer semejante apelación, pues los Morland en general eran bastante feos, y Catherine, durante buena parte de su vida, fue tan fea como los demás. Su figura era flaca y desgarrada, su piel macilenta y sin color, su cabello oscuro y lacio, y sus rasgos marcados; eso en cuanto a su traza, porque su mente no parecía mucho más predispuesta al heroísmo. Le gustaban todos los juegos de muchachos y con mucho prefería el críquet, no solo a las mu-

ñecas, sino también a otros pasatiempos infantiles más heroicos como criar un lirón, alimentar un canario o regar un rosal. La verdad es que no le gustaba la jardinería y cuando recogía flores era más por el placer de la travesura, o esa era la impresión que daba, ya que siempre prefería aquellas que le habían prohibido cortar. Si tal era su carácter, sus habilidades no le iban a la zaga. Jamás logró aprender o comprender nada antes de que se lo enseñaran y, en ocasiones, ni siquiera entonces, pues a menudo era despistada, y a veces tonta. Su madre tardó tres meses en enseñarle a repetir de forma mecánica *La súplica del mendigo*¹ y, al final, su hermana inmediatamente menor, Sally, lo recitaba mejor que ella. No es que Catherine fuera siempre tonta, nada más lejos de la realidad; se aprendió la fábula *La liebre con muchos amigos*² con la misma rapidez que cualquier otra chiquilla en Inglaterra. Su madre quiso que aprendiera música, y Catherine estaba segura de que le gustaría, pues disfrutaba sobremanera golpeando las teclas de una vieja espineta que nadie usaba, por lo que empezó a los ocho años. Lo dejó al cabo de uno porque no lo soportaba, y la señora Morland, que no insistía en que sus hijas adquirieran ciertos talentos a pesar de su incapacidad o desagrado, le permitió abandonar. El día en que despidieron al maestro de música fue uno de los más felices en la vida de Catherine. Su gusto por el dibujo no era mayor, a pesar de que, siempre que le cogía a su madre el reverso de una carta o se apoderaba de algún otro papel suelto, hacía lo que podía y bosquejaba casas y árboles, gallinas y polluelos, todos muy parecidos entre sí. A leer y a contar aprendió con su padre; su madre le enseñó francés; no destacaba en ninguna de estas materias y evitaba las lecciones

1. Poema de Thomas Moss (1740-1808). (*Todas las notas son de la traductora.*)

2. Fábula de John Gay (1685-1732).

siempre que podía. ¡Qué carácter extraño e incomprensible! Porque, a los diez años, a pesar de tantos signos de desinterés, no tenía ni mal corazón ni mal genio, pocas veces se mostraba testaruda, menos aún peleonera, y era muy amable con los pequeños, ejerciendo la tiranía solo en contadas ocasiones. Por lo demás, era ruidosa e indisciplinada, detestaba el encierro y la limpieza, y nada le agradaba más en el mundo que rodar por la pendiente cubierta de hierba que había detrás de su casa.

Así era Catherine Morland a los diez años. A los quince, su apariencia fue mejorando. Empezó a rizarse el cabello y a ilusionarse con los bailes; su complexión se embelleció y sus rasgos se suavizaron al adquirir redondez y color, sus ojos se volvieron más animados y su figura más lozana. Su querencia por la suciedad dio paso a una inclinación por la elegancia, y se fue volviendo tan pulcra como inteligente; a veces hasta disfrutaba al oír a su padre y a su madre elogiar lo mucho que había mejorado. «Catherine se está convirtiendo en una muchacha bastante agraciada, hoy está casi bonita», eran palabras que llegaban a sus oídos de vez en cuando, ¡y qué bienvenidas eran! Para una chiquilla que ha sido fea durante los primeros quince años de su vida, parecer «casi» bonita es un cumplido más agradable que cualquiera que reciba quien ha sido una belleza desde la cuna.

La señora Morland era una mujer muy bondadosa que quería que sus hijos llegaran lo más lejos posible, pero estaba siempre tan ocupada con los partos y la crianza de los pequeños que, inevitablemente, dejaba de lado a las hijas mayores. Así pues, no era de extrañar que, a los catorce, Catherine, quien por naturaleza no poseía heroísmo alguno, prefiriera el críquet, el béisbol, la equitación o las carreras por el campo a los libros o, al menos, los libros informativos, pues a aquellos de los que no puede sacarse

ninguna lección, a aquellos que ofrecen tramas sin reflexión alguna, no les ponía objeción. Pero de los quince a los diecisiete estuvo formándose para convertirse en heroína; leyó todas las obras que las heroínas deben leer para memorizar esas citas que tan útiles y reconfortantes resultan durante las vicisitudes de sus azarosas vidas.

De Pope aprendió a censurar a quienes

resisten las burlas de la aficción.³

De Gray, que

muchas flores se abren sin que nadie las vea
y malgastan su aroma en el aire desierto.⁴

De Thompson, que es

¡plácida tarea!
la de guiar el tierno pensamiento,
de dirigir también la blanda idea.⁵

Y de Shakespeare obtuvo gran cantidad de información, entre otras cosas, que

3. El verso procede del poema «Elegy to the Memory of an Unfortunate Lady», de Alexander Pope (1688-1744), en traducción (adaptada) de Antonio Lastra (Cátedra, 2017).

4. Los versos proceden del poema «Elegy written in a country churchyard», de Thomas Gray (1716-1771), en traducción de Ángel Rupérez (Espasa Calpe, 2000).

5. Los versos proceden del poema «The Seasons», de James Thomson (1700-1748), en traducción de Benito Gómez Romero (Imprenta Real, 1801).

fruslerías ligeras como el aire
son para los celosos pruebas irrefutables
como los Evangelios.⁶

Que

el pobre escarabajo que pisamos
sufre del mismo modo por su cuerpo
que un gigante cuando muere.⁷

Y que una joven enamorada siempre

al dolor sonrío hecha estatua
de la Resignación.⁸

Si a este respecto su mejora era suficiente, en muchos otros fue extraordinaria: aunque no era capaz de componer sonetos, sí lograba leerlos; aunque no parecía que hubiera posibilidad de embelesar a los asistentes a una fiesta con algún preludeo de su propia invención al pianoforte, sí podía escuchar las interpretaciones de los demás con muy poco esfuerzo. Su mayor carencia era el lápiz, pues dibujaba tan mal que ni siquiera habría podido esbozar un perfil de su enamorado en el que pudiera reconocerse su autoría. Allí quedaba muy lejos de la altura deseada como heroína, aunque por el momento Catherine desconocía ese defecto,

6. Los versos proceden de *Othello*, acto III, escena III, en traducción de María Enriqueta González Padilla (Penguin, 2016).

7. Los versos proceden de *Measure for Measure*, acto III, escena I, de William Shakespeare (1564-1616), en traducción de Circe Maia (Penguin, 2016).

8. Los versos proceden de *Twelfth Night*, acto II, escena IV, de William Shakespeare (1564-1616), en traducción (adaptada) de Federico Patán (Penguin, 2016).

pues no tenía enamorado que retratar. Había llegado a los diecisiete años sin haberse topado con un joven agradable que despertara su sensibilidad, sin haber inspirado una sola pasión real y sin haber provocado siquiera admiración alguna, ni que fuera moderada y pasajera. ¡Era en verdad extraño! Aunque hasta a lo más extraño se le puede encontrar explicación si se examinan cabalmente sus causas. No había un solo lord en los alrededores, ni siquiera un hidalgo. No había entre sus conocidos una familia que hubiera criado y mantuviera un muchacho abandonado por accidente a la puerta de su casa o un joven de origen desconocido. Su padre no tenía pupilos y tampoco hijos varones el señor de la parroquia.

Pero cuando una joven dama está llamada a convertirse en heroína, ni la perversidad de cuarenta familias circundantes podrá impedirselo. Algo habrá de suceder, y de hecho sucederá, que ponga un héroe en su camino.